

SOBRE EL GOBIERNO NACIONAL

Por Javier TUSELL

EL diagnóstico sobre qué deba hacerse en el momento presente de la política española depende en buena medida de la pura comprobación de lo que en ella se viene produciendo desde hace unas semanas. En opinión del autor de estas líneas, uno de los hechos más curiosos e interesantes, desde el punto de vista científico de la transición española a la democracia, es la disparidad, cuando no divergencia, con que se han manifestado la clase política y el propio pueblo.

A la situación presente hemos llegado, desde luego, por una cierta conjunción de actitudes de una y de otro. En la clase política de la Unión de Centro Democrático se ha podido observar una cierta «novatez» en el ejercicio del Poder, apreciable en alguna de sus repetidas declaraciones a la Prensa. Es quizá explicable porque, en definitiva, proviene en un porcentaje muy elevada de la oposición democrática: muchos de estos hombres han amanecido a la vida pública española, desde clandestinidades más o menos mitigadas, hace relativamente pocos meses. Es lógico, pues, que propendan más a la manifestación de sus opiniones que a la mucho más opaca labor de despacho.

Pero hay otro fenómeno en la clase política que tiene también una indudable significación: es el que pretendi retratar días pasados en un artículo, publicado en este mismo diario, bajo el título de «Los enemigos del Centro Democrático». Su existencia es lógica y, por supuesto, en muchos casos obedece a motivos respetabilísimos; pero

creo que es importante recordar que en otros casos no es, ni mucho menos, así. Baste con recordar que es un ex consejero nacional, de desconocida trayectoria democrática, quien ahora pretende solventar todos los problemas del nascente régimen de libertad defenestrando a Suárez.

EN el pueblo español se están también produciendo dos fenómenos peculiares que poco tienen que ver con los de la clase política. El primero, todavía latente y por ello quizá no suficientemente señalado por los comentaristas, consiste en la conciencia de quienes el 15 de junio votaron por los socialistas, queriendo imponer únicamente una trayectoria democrática al país, de que erraron al hacerlo. El resultado de este yerro ha sido que el Centro (en parte culpable por no haber adoptado un aspecto lo suficientemente renovador) no ha alcanzado la mayoría absoluta, mientras que el P. S. O. E. puede llegar a sentir la tentación de gobernar al país no estando todavía capacitado para hacerlo.

El segundo fenómeno, de más de un día y gravedad, es la existencia de un cierto desánimo en capas importantes de la población. Mediante una utilización abusiva de la palabra «democracia» se nos ha querido hacer esperar que con su advenimiento todos los problemas quedaban superados. Pero la democracia no tiene esas virtudes taumáticas que algunos atribuyen a la revolución (aunque sea nacional-sindicalista); es sólo un procedimiento para plantear y resolver las cuestiones. A todo ello se ha unido el inevitable «desmadre», que tiene poco o nada que ver con una democracia estable, producido como consecuencia del aflojamiento de los lazos que aferraban a la sociedad española durante una dictadura y cuyas manifestaciones más evidentes son, por ejemplo, el despellejamiento sistemático del adversario practicado por cierto tipo de Prensa; la alabanza desmesurada de quien, por los métodos que emplea, es presumiblemente repudiado por la inmensa mayoría del pueblo español; o, más en general, un cierto tono de intransigencia y de demagogia del que quiere tenerlo todo en pocos minutos. Todo esto, nacido en una parte de la clase política, ha llegado a influir en un cierto número importante de españoles.

EN este ambiente es en el que se ha planteado la posibilidad de constitución de un Gobierno nacional. Importa señalarlo porque esta es una cuestión táctica, y por tanto no sustantiva, que en su desenlace o resolución no puede ni debe causar ningún tipo de conmoción nacional, cuando la verdad es que la ha creado. Sin duda en un régimen democrático siempre las cuestiones se deben plantear con el necesario reposo. Una vez más a quienes les corresponde la razón en este sentido es a los miembros y herederos de la gran tradición liberal española: ya hace unos meses escribió Julián Marías que quienes eran enemigos de la democracia pretendían en muchas ocasiones y terrenos ir más deprisa de lo lógico, y hace unos días nos acaba de aconsejar Justino de Azcárate la necesaria pausa para la estabilidad de las instituciones democráticas.

DESDE esta perspectiva, ¿tiene sentido ahora mismo la constitución de un Gobierno nacional? Lo primero que habría que decir al respecto es que las exigencias de las fuerzas políticas parlamentarias no van por ese camino: el P. S. O. E. quiere ser la al-

alternativa global del Poder, Alianza Popular no quiere sentarse al lado del P. C. E. y éste sólo desearía la colaboración de los dos grupos políticos de más entidad al objeto de deteriorar al situado más a la izquierda.

Parlamentariamente el Gobierno nacional no se justifica y éste es ya un argumento importante, porque Juan Linus ha enseñado que uno de los procedimientos para llegar a la crisis y colapso de un régimen democrático es precisamente la falta de autenticidad en las crisis gubernamentales.

Por otro lado tampoco la situación de cada uno de los dos grandes partidos parece propicia para un Gobierno nacional. La U. C. D. tiene el grave inconveniente de no ser todavía un partido; el P. S. O. E. lo es, pero, con toda probabilidad, está todavía bastante lejos de poder acceder a las responsabilidades del ejercicio del Poder. En esas condiciones un Gobierno nacional no supondría nada positivo en el camino hacia el primer objetivo, y respecto del segundo el resultado podría ser todavía peor.

Todo sistema democrático tiene que crear sus propias alternativas de gobierno dentro de una fundamental fidelidad a unos principios básicos de rango constitucional. Con un Gobierno nacional existiría la sensación de que todo en el nuevo régimen es igual. Por otra parte el más grave problema con que España se enfrenta en el momento actual es el económico, y ¿se puede decir que se haya ensayado en toda su extensión y profundidad el programa de la U. C. D. para solventarlo?

Otra de las formas de acabar con una democracia es, sin duda, la inestabilidad gubernamental, pues recuérdese que fue esto precisamente lo que caracterizó a la República de Weimar y a la segunda española.

Finalmente conviene no magnificar las posibilidades de un Gobierno nacional. En España se ensayó en 1918 y su destino quedó muy bien descrito, en estas mismas páginas, por Wenceslao Fernández Flórez. Al principio, con ese mesianismo típico de nuestro país, todo eran abrazos y gritos patrióticos; a las pocas semanas su prestigio se había desvanecido y sólo sirvió para que determinadas figuras se deterioraran inútilmente ante la opinión. Hubo otra ocasión en que pudo y debió haber un Gobierno nacional: en 1936, ante la inminencia de una guerra civil. Confío en que nadie piense que la situación es en estos momentos la misma.

NO parece, pues, imprescindible por el momento un Gobierno nacional.

En mi opinión resulta, sin embargo, necesario, del lado de las fuerzas de la oposición y en especial de su sector más fuerte, una mayor actitud de concordia en lo fundamental. Y del lado del Gobierno y la U. C. D., un relanzamiento de su actuación desde el Poder y, sobre todo y ante todo, la conversión de los millones de votos recibidos en una organización partidista propiamente dicha.—J. T.